

*De la sonrisa o de un remedio para la Filosofía**

M.^a Isabel Peña Aguado

La relación de las féminas con la Filosofía parece estar marcada desde el principio por el eco de la carcajada de aquella sirvienta tracia que, según cuenta Platón, se burló de Tales cuando éste, ocupado como estaba en observar las estrellas, tropezó y dio a parar en una fuente. La risa, con su poder liberador y sensual pasó a formar parte de esa lista de cosas que la teoría estaba empeñada en conjurar. ¿Cómo combinar la profundidad del entrecejo fruncido por el esfuerzo del pensamiento con una boca abierta por el ímpetu de la carcajada o la suavidad de una sonrisa? ¿Cómo no temer el desorden que tales actitudes podrían provocar en una razón lineal y ordenadora?

Nadie nos ha contado cuál fue la reacción de Tales, ¿quién nos asegura que no terminó riendo a coro con la sirvienta? De los provechosos que de la risa y la sonrisa puede sacar la filosofía nos habla esta *Filosofía de damas y moral masculina. Del Abad de Gérard al Marqués de Sade. Un ensayo sobre la razón ingeniosa* que Ursula Pia Jauch, una de las filósofas más jóvenes y refrescantes que ha surgido en el panorama actual de la filosofía feminista

* Ursula Pia Jauch: *Filosofía de damas y moral masculina*, Madrid, Alianza, 1995.

La Balsa de la Medusa, 36, 1995.

de habla germana, publicó en 1990 y que ahora ve la luz en la traducción española. Muy buena traducción, por cierto, que tan bien ha recogido algunos de los juegos de palabras que Jauch se permite en el texto, tan fáciles en alemán y tan difíciles de reproducir en castellano. Es una lástima, sin embargo, que la expresión *lächelnde Vernunft* se haya traducido como razón ingeniosa y no como razón sonriente, que sería la traducción literal, o al menos como razón risueña, adjetivos que harían más justicia a las pretensiones de Jauch en este ensayo y sobre todo al talante con el que está escrito.

Con ironía, invitando siempre a la sonrisa, pero de un modo sistemático, Pia Jauch, en *Filosofía de damas y moral masculina*, da un repaso a algunos de los ensayos de filosofía adaptada para damas, así como a los tratados masculinos de moral educativa, también sólo para las demás, que a lo largo de los siglos XVII y XVIII se publicaron sobre todo en Francia, pero también en Alemania e Italia. Durante este tiempo y mientras se discute sobre el academicismo y la pedantería de la filosofía oficial, los filósofos y doctos de la época descubren en el ambiente placentero de los salones rococós el potencial intelectual y aclarativo que para algunos sistemas filosóficos se esconde detrás de las preguntas, aparentemente ingenuas, que las damas de la época se atreven a dirigirles con mucho pudor. De las cuestiones y objeciones planteadas por las féminas sacan provecho filósofos como Leibniz o Christian Wolff. La tarea de divulgación y traducción que llevan a cabo algunas mujeres de

la talla de Giuseppa Eleonora Barba-piccola, traductora al italiano de los *Principia philosophiae* de Descartes, o de la Marquesa de Châtelet, una entusiasta de Newton, cuyos conocimientos de física hicieron recelar al mismo Kant, es de gran importancia para la difusión de la filosofía.

«La filosofía del tocador» se convierte pues en un revulsivo contra la afectación de algunos eruditos y en una buena excusa para escribir filosofía de un modo más sencillo y resumido que luego leen los hombres. Una vez más, las mujeres son utilizadas para intereses varoniles e incluso los partidarios de una educación intelectual para las mujeres resultan sospechosos de premeditación y alevosía.

La igualdad de sexos —y siempre que se habla de igualdad de sexos se está hablando de las mujeres—, que pronto pasa a ser tema de discusión entre los ilustrados, termina la mayoría de las veces resuelta en breves ensayos sobre la educación moral de las féminas con el fin de civilizar a los varones. La distancia a recorrer hasta convertirse en «el descanso del guerrero» es —como les habrá llamado la atención a algunas lectoras— bastante corta.

Si bien el texto en una primera lectura podría parecer algo liviano, fácil y nada más que divertido, al lector y/o a la lectora atentos no se les ocultara que lo que Jauch pretende con su ensayo va más allá de la mera anécdota histórica e incluso del reconocimiento, también presente en el libro, de la tarea intelectual femenina, tan silenciada en los anales de la historia de la filosofía.

Paralelamente a la historia que cuenta y con un tono apenas percep-

tible al comienzo de la lectura, la autora nos va sugiriendo los parecidos con la situación actual de la filosofía donde la crítica a una razón patriarcal con pretensiones de universalidad ha dado pie a la discusión en torno a lo que se entiende como pensamiento femenino. Con este ejemplo histórico Jauch se dirige a quienes creen que una humanización del mundo tiene que pasar por una femineidad del mismo.

Los peligros de reducir lo femenino sólo al sentimiento, a lo irracional, a la intuición, etc., siguen siendo enormes por mucho que se pretenda hacer desde una nueva valoración de lo supuestamente femenino como alternativa a la situación social y tecnológica a la que nos ha llevado la racionalidad moderna. Eso supondría tal y como apunta Jauch, «un gran lavado de cara de la sociedad a costa de las mujeres». Lo que nos propone esta joven filósofa es una superación de la dicotomía femenino/masculino —que en la mayoría de sus atribuciones no deja de ser un constructo social— que nos permita desdibujar los límites entre uno y otro sexo, según la ocasión y el momento.

La posición que defiende Jauch no es nueva. La necesaria superación de la diferencia entre lo masculino y lo femenino es una idea discutida y entre tanto bastante establecida en la filosofía feminista de los últimos años. Que el sexo biológico no implica una determinada pertenencia a un género sexual y como esa pertenencia no es otra cosa que un constructo sociocultural es, desde la publicación de *Gender Trouble* de la americana Judith Butler, foco en torno al cual gira la discusión

del pensamiento femenino más reciente, al menos en el ámbito de habla germana. Las posturas radicales de una Luce Irigaray o la recuperación de la figura materna como lo originario de Adriana Cavarero han visto acallado su eco. Es inútil buscar *lo femenino* y/o reducirlo a lo *Otro*, para que todo siga siendo lo mismo. La Mujer, así con mayúsculas, es una ficción que ya hemos padecido bastante.

Que aún queda mucho trabajo por hacer lo prueba la misma portada de la versión española del libro que tampoco a Ursula Pia Jauch le pareció muy oportuna. Pero independientemente de los intereses comerciales, lo que importa es que se sigan traduciendo este tipo de textos para fomentar el intercambio entre la filosofía feminista española con la de otros países europeos.